
exposiciones en el CIDAP

LAS EXPOSICIONES VENTA EN EL CIDAP

La Nostalgia del Sombrero

SERRANO HAT (julio-septiembre de 2002)

El vestido tiene su lenguaje. Satisface necesidades prácticas cuando a él recurrimos para protegernos de las inclemencias del tiempo. Desmond Morris escribió una célebre obra sobre el ser humano: “El Mono Desnudo” porque, a diferencia de nuestros más cercanos antepasados y el resto de animales, carecemos de protectores naturales para enfrentarnos a los variados climas “al natural”. Del frío y del calor excesivos debemos defendernos.

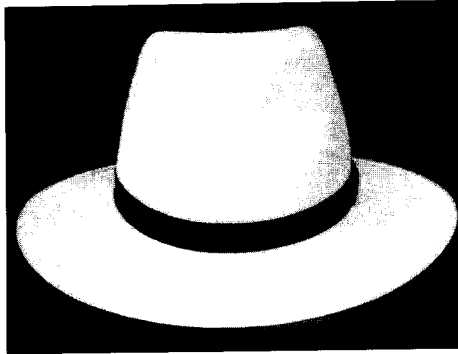
Por sentido común, en regiones tropicales los seres humanos deberían prescindir de la vestimenta y exhibir los encantos y desencantos que Dios les dio, pero eso no ocurre - salvo ocasionalmente en los niños(as)-. El sentido de pudor existe prácticamente en todas las culturas y se manifiesta en el ocultamiento o exhibición de tales o cuales partes del cuerpo según los conceptos morales del entorno humano.



El vestido expresa condiciones y rasgos culturales, nos habla de la condición de las personas en su grupo, de su género, de la pertenencia a tal o cual organización, del nivel de autoridad. Nos comunica la naturaleza del evento en el que participamos. El vestido se usa también para embellecer a quienes se lo ponen cubriendo, destacando, ocultando o realzando las dotes naturales del cuerpo, ampliando o eliminando las fronteras entre vestimenta y adorno. Los cánones de la belleza del vestido varían de cultura a cultura y se modi-

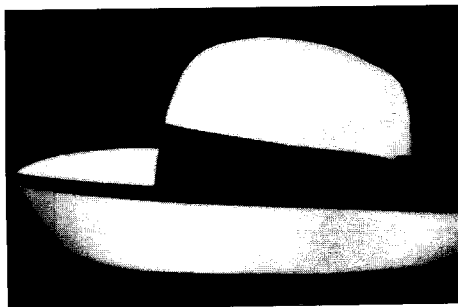
fican con los tiempos ya que el cambio es esencial a la condición humana. Lujo, buen gusto y ostentación son permanentes pero con mil caras.

La moda es una “constante inconstante”, rompe la estabilidad y la permanencia, es esencial al cambio. La moda exalta y condena colores, sacraliza y proscribire prendas de vestir, las incorpora al buen gusto y las archiva en lo anticuado. Estar a la moda supone incorporarse a los invisibles dictámenes de los geniales o perversos manipuladores de la



imagen, no hacerlo conlleva perder los trenes de la historia. La moda no se amilana ante las barreras del pudor, la en sus inicios audaz minifalda derrotó terrenos reservados a lo pecaminoso. Que decir del bikini y de la tanga.

Esencial o no, el sombrero ha sido parte de la vestimenta occidental. Más que su función utilitaria para protegernos de los mordiscos del frío o la despiadada agresión de los rayos solares, ha estado en la escala del adorno. No ha desapareci-



do del universo de la moda, pero su espacio es reducido. Quizás hasta hace más de medio siglo salir a la calle con sombrero era tan esencial como hoy hacerlo con pantalones o faldas. Nuestro sombrero de paja toquilla con finura y suavidad satisfacía esta necesidad, sobre todo en las regiones en las que el calor permanente o estacional rechazaba la lana y el fieltro. Formas, texturas y colores incentivaban la creatividad de los diseñadores profesionales o espontáneos para enriquecerlo con sutiles y delicadas variaciones.

El pelo adornado desplazó al sombrero, su uso no ha sido proscrito, pero si limitado. Si miramos hacia atrás, si tratamos de penetrar en los rituales y ceremoniales laicos del pasado, no sólo halagaremos gratamente a nuestra curiosidad y sentido temporal de la existencia, sino que sentiremos la agridulce nostalgia del sombrero.

Para el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares CIDAP, es altamente placentero presentar esta exposición en la que se exhibirán sombreros de la colección de Serrano Hat, que participaron en la Feria Mundial de New York en el

año de 1939, junto con sombreros de diseños modernos en los que el buen gusto y detalle, contribuyen a crear una de las prendas más preciosas que se pueda poseer. ■

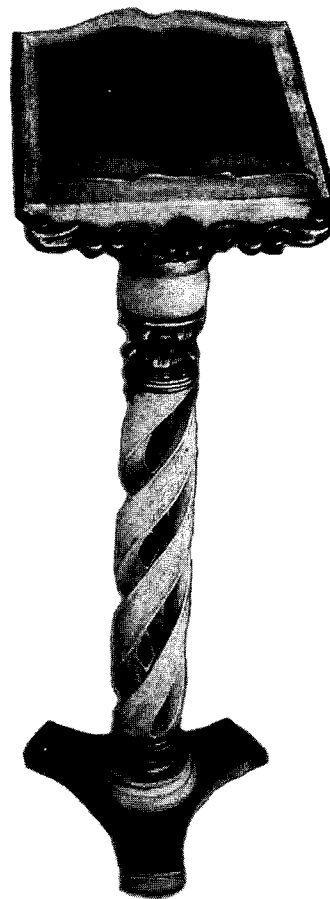
"Madera Engalanada"

Fernando Avila (septiembre-octubre de 2002)

El ser humano al nacer es el más desprotegido de todos los animales, largo tiempo tiene que transcurrir para que pueda valerse por sí mismo, por esa razón la familia, en sus múltiples variedades, es esencial para la subsistencia de la especie. Regular y organizar la procreación, garantizar la existencia física de los nacidos, posibilitar que incorporen a sus egos ideas, creencias y formas de comportamiento propios de la sociedad son algunas de las funciones que tiene que cumplir la familia. Sobre todo en el pasado, a lo largo de la niñez, la adolescencia y la juventud, los nuevos integrantes de la especie humana aprendían los oficios de sus padres. Tal es el caso de Fernando Avila; se incorporó a la vida social observando y travesando con herramientas propias de la ebanistería,

teniendo como música de fondo los golpes de martillos sobre cinceles para trasladar formas a la madera.

La madera es uno de los elementos naturales más generosos que circundan al hombre. Cuando quienes nos antecedieron hace muchísimo tiempo en el planeta dieron uno



de los pasos más importantes para su desarrollo: descubrir la manera de producir fuego, encontraron en la madera su mejor aliada, a ella recurrieron para cocer alimentos, para protegerse del frío en épocas invernales y por la noche, compensando el abrigo natural que la naturaleza les negó y con el que fue generosa con otros integrantes del reino animal. A ella—conjuntamente con otros materiales del entorno— recurrieron para elaborar las primeras herramientas que multiplicaron la fuerza de sus músculos y diversificaron las proyecciones de su cerebro. Con ella construyeron viviendas para protegerse de las inclemencias del clima, de ella salieron arcos y flechas para tornar más eficiente la cacería y una de las mayores perversiones que desarrollaron su cerebro desarrollado; la guerra.

Liberados de las rigideces del instinto, podemos los seres humanos en uso del siquismo superior modificar el medio circundante para, año tras año dejar de depender de sus condicionamientos y adaptarlo a nuestras necesidades y aspiraciones. Tenemos que satisfacer necesidades, algunas para posibilitar la subsistencia y otras para mejorar la calidad de

vida. Entre los objetos a los que acudió el ser humano partiendo de la madera, se encuentran los muebles que complementan y mejoran las condiciones de los espacios físicos internos en donde pasamos buena parte de nuestras vidas. Es posible vivir adaptándonos a las peculiaridades de la naturaleza, pero mucho más acorde a nuestra condición es introducir múltiples modificaciones que respondan a nuestras características anatómicas, faciliten la realización de una serie de actividades prácticas y recreativas y posibiliten el desarrollo incipiente o avanzado de nuestra creatividad.

No nos agotamos en la capacidad de inventar artefactos para satisfacer nuestras necesidades prácticas con creciente eficiencia. Nuestra capacidad de razonar, unida a una importante dosis de emotividad, nos permite incursionar en el fascinante universo de la estética, no solo deleitándonos con los derroches de hermosura que nos depara la naturaleza, sino posibilitándonos trasladar partes de nuestros espíritus a objetos que elaboramos incorporando belleza. Somos creadores y somos contempladores, poseemos sensibilidad para embellecer lo que sale de

nuestras manos y cerebros y, para deleitarnos fundiéndonos con ella. La cambiante palabra arte que ha abordado múltiples dimensiones del quehacer humano, hoy se la entiende predominantemente como los contenidos estéticos y trascendentales que tienen las creaciones humanas. Una de las consecuencias de la Revolución Industrial fue establecer una sima entre lo utilitario y lo estético. Los grandes cambios tecnológicos renunciaron a contenidos de belleza en aras de la eficiencia funcional, mientras que las obras de arte se circunscribieron a ser portadoras de hermosura al margen de lo útil.

El universo de las artesanías que sobrevivió a los embates de la industria mantuvo la coexistencia de lo útil y lo bello en objetos salidos de la mano y el cerebro humanos. La ebanistería dignifica a la madera pues no sólo busca trabajar muebles para satisfacer necesidades ergonómicas, sino que apunta a su sensibilidad al dar a los objetos útiles belleza, mediante formas que provienen de cincelos y gubias, lo que permite además de sentirnos cómodos, placenteros.

Fernando Avila se nutrió de ebanistería desde su nacimiento, inquieto de espíritu se trasladó a San Antonio de Ibarra en donde desarrolló sus aptitudes hacia la escultura en madera y contrajo matrimonio con una persona proveniente de un hogar dedicado a la talla. Absorbido placenteramente por los encantos de la madera puso su taller independiente a los dieciséis años de edad que lo mantiene e incrementa por diez años. El cincel y la gubia son sus armas de combate, no para matar sino para resucitar a la madera que fue sacrificada de la naturaleza y devolverla cargada de formas y colores cautivantes. Ha incursionado en múltiples campos que este privilegiado material ofrece, especialmente en la talla de relieve como lo demuestran algunas puertas que dan encanto a las entradas de algunas casas siguiendo la vieja tradición colonial, antes circunscrita a los templos.

En esta muestra nos ofrece una importante variedad de objetos en los que lo utilitario y lo estético se funden sin que, en muchos casos, podamos decidir qué predomina. No encontramos una escultura que se agote en portar belleza para deleite del espectador, pero si una cantidad

de piezas que al cumplir alguna función (baúles, repisas) acrecientan el atractivo de los lugares en los que van a colocarse dentro de las casas. Vale la pena desarrollar las actividades domésticas en escenarios salpicados de belleza para aliviar las cargas inevitables de la vida, pues no es preciso para deleitarnos estéticamente tener como única alternativa museos y centros de arte. ■

"La Belleza de lo Diverso"

Cristina Urgilés Martínez (noviembre-diciembre 2002 /enero 2003)

Si nos atenemos a la definición que de diseño da Víctor Papanek: "*Esfuerzo consciente para establecer un orden significativo*", todos los seres humanos hemos diseñado algunas veces, ya que este quehacer supone conciencia: conocimiento de lo que se hace y lo que se busca; significado, es decir un sistema de relaciones medio - fin que se logra mediante un ordenamiento de los elementos con que se cuenta y de una serie de acciones que denominamos esfuerzo. Un profesor de esta carrera decía que cuando preparamos una maleta para un viaje estamos dise-

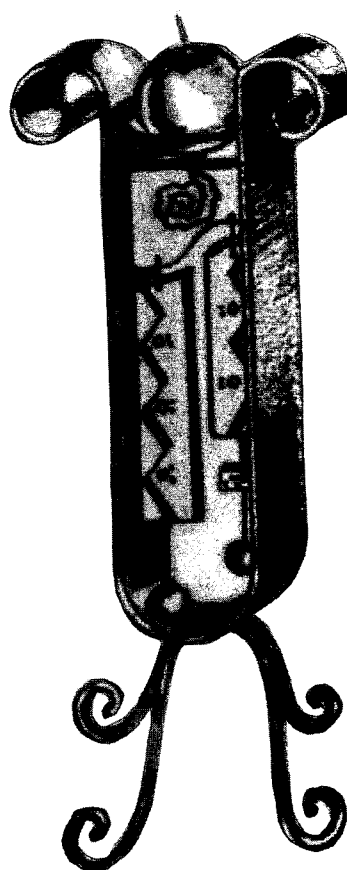
ñando. "De músico, poeta y loco todos tenemos un poco", dice un viejo aserto popular, habría que añadir que de diseñador también. Pero hay formas y formas de diseñar, hay quienes realizan estos procesos ocasionalmente, quienes lo hacen de manera sistemática como parte de su trabajo cotidiano, quienes lo vinculan a avanzadas tecnologías para que máquinas automatizadas se encarguen del proceso de realización y quienes dan especial importancia a la expresión estética para, con sus manos, trasladar lo gestado en la mente a objetos finales.

En el universo de las artesanías suele hablarse de un diseño espontáneo como contrapuesto a profesional. Tenemos los seres humanos la posibilidad de hacernos en el tiempo, de conformarnos según nuestras inclinaciones y aptitudes. Lo deseable en la vida es que conozcamos con claridad nuestras tendencias y contemos con medios para estructurarlas. El artesano aprende su oficio en su entorno familiar y social y a lo largo de la vida pone su creatividad al servicio de objetos que con sus manos elabora, entremezclando en mayor o menor grado lo utilitario con lo estético.

Desde hace algunas décadas, en centros de estudios superiores, han surgido las escuelas de diseño como carreras ordenadas y sistematizadas, que proporcionan a sus alumnos formación académica teórica práctica para que ejerzan una profesión como respuesta a los retos de la vida. Un diseñador maneja conceptos y disciplinas instrumentales, pero necesariamente está vinculado con la ejecución de lo que se propone, sea que lo lleve a cabo él mismo, sea que otros lo ejecuten. A diferencia del artista -lo más cercano sería el pintor o el escultor- cuyo trabajo es individual y da prioridad a sus visiones interiores, el diseñador necesariamente tiene que contar con el destinatario, con el público, para planificar sus objetos; con frecuencia trabajar en equipo para lograr lo que se propone.

Cristina Urgilés es una diseñadora profesional en el sentido cabal de la palabra. Los seres humanos somos diferentes pues nacemos con aptitudes más desarrolladas que otras que nos invitan a proyectar lo mejor de nuestras energías a la realización de hechos y objetos y realizarnos como personas. Su sensibilidad ante lo bello ocupa un lugar preferencial

en su persona la misma que encontró un entorno propicio en su familia, atenta a manifestaciones de esta índole como la música y la poesía. Cuando debió ingresar a la universidad, escogió la carrera de Diseño como una invitación concordante con sus inquietudes y preferencias. La



facultad de la Universidad del Azuay, en la que realizó sus estudios, da mayor énfasis al diseño de objetos como respuesta a la vieja y rica tradición artesanal de nuestra región. La multiplicidad de materiales ofrece posibilidades para concentrarse en algunos de ellos como la cerámica, la joyería, el hierro, la madera, entre otros.

Cristina, en la muestra que pone a consideración del público de Cuenca, prefiere que los objetos salidos de sus manos estén integrados por diversos materiales ya que busca la armonía de lo múltiple, la riqueza de la complementariedad y el hermanamiento de lo distinto. En las obras de arte puras –concretamente en las pinturas-, que se agotan en expresar belleza, el éxito de su realización depende de la afortunada síntesis de colores, formas y texturas; intenta Cristina y con éxito, la síntesis de materiales.

Madera hierro y cerámica son los materiales concurrentes en sus piezas. Como profesional del diseño da importancia a la funcionalidad de los objetos, es decir a la eficiencia en la satisfacción de las necesidades para los que fueron hechos y, según

manifestó, la madera y el hierro constituyen la estructura básica, el soporte de las piezas, mientras que la cerámica aporta con la dinámica, el movimiento esencial a las obras de arte; o si se quiere los componentes estéticos vivificantes están a cargo de este material que por su docilidad cuando aún es pasta, facilita la libertad de expresión a las manos que buscan configuraciones liberadas de rigideces.

En las artesanías, según lo expresó magistralmente Octavio Paz, lo útil y lo bello coexisten amorosamente formando una unidad acorde con la naturaleza humana, cuyas manifestaciones se dividen, a veces arbitrariamente, para una mejor comprensión teórica de las facultades y realizaciones. Las obras de Cristina se acoplan a esta visión integral del ser; a la vez que pueden satisfacer alguna necesidad en el hogar, entorno donde pasamos la mayor parte del tiempo, vivimos con más intensidad y los convencionalismos ceden paso a la intimidad, nos obsequian con los efluvios de belleza que con magia apaciguan la vida; belleza que no se aísla en la “refrigerada eternidad de los museos” según manifestó el mismo Paz, sino que se hermana a la

íntima privacidad del lugar en que habitamos.

El trabajo del diseñador rompe el aislamiento, la real o fingida soledad del artista. Hay que contar con otros que se encargan de elaborar partes aisladas, en sí mismas carentes de sentido, pero que cobran real dimensión al incorporarse al conjunto

de la pieza que fue concebida por el diseñador quien se encarga de la magia del conjunto que aflora con nuevas dimensiones que de largo superan a las partes. El trabajo en común llega a la dimensión prevista si es que hay una cercana relación entre el diseñador y los que trabajan las partes que tienen que estar sujetas a la visión previa y final. ■